

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+El relevo.

68

LETRAS LIBRES
JULIO 2014

POLÍTICA

EL REY ESTÁ VESTIDO

MIGUEL AGUILAR

Una perspicaz teoría sostiene que las monarquías se acabarán extinguiendo por incomparencia de los interesados. Lo que era un privilegio cuajado de ventajas se está poniendo muy poco apetecible: es probable que la infanta Leonor considere más atractivas la infancia y la adolescencia de su madre que las de su padre. Sometidos a un cada vez más implacable escrutinio público, con un margen de actuación muy limitado y poco poder real, la sangre azul empieza a ser una condena más que una ventaja. Entretanto, la que claramente ha decidido que merece un descanso es la generación de monarcas europeos que ha decorado las peluquerías durante los últimos treinta años, con la notoria excepción de la incombustible reina británica Isabel II.

El rey Juan Carlos ha sido la baja más reciente de ese club. De su reinado caben muchos balances, pero por resumir dejémoslo en dos datos: al año y medio de su acceso al trono el PCE fue legalizado, y en el debate parlamentario sobre su abdicación se reclamaron sendas repúblicas para el País Vasco, Cataluña y Galicia, mientras se lanzaban duras críticas a su persona. Como en cualquier país normal,

se dirá, olvidando que en noviembre de 1975 España no era un país normal. Eso es democracia y su llegada era inevitable, se objetará, olvidando que, aunque todos los caminos conducen a Roma, no todos llevan el mismo tiempo ni producen las mismas incomodidades. Y como propina: es una de las escasísimas figuras públicas que en este país se han disculpado por un error y se han retirado a tiempo.

El republicanismo que ha levantado la cabeza desde el anuncio de la abdicación parece adscribir al rey unos poderes muy considerables. Si así fuera, sería intolerable que el cargo no tuviera una legitimidad democrática. En realidad, en España la jefatura del Estado es principalmente una posición de representación institucional y función protocolaria: somos ciudadanos, no súbditos, y la soberanía reside en el Parlamento. No parece demasiado grave dejarla en manos del principio dinástico, y como se ha dicho hasta la saciedad estos días muchos de los países más avanzados presentan esta anomalía, sin que parezca que daneses, suecos u holandeses, por ejemplo, sientan que su democracia se resienta por ello.

Sí cabe elevar una cuestión: Juan Carlos carecía de una legitimidad de origen, pero la adquirió con el ejercicio. Desgraciadamente, el capital político de esa legitimidad adquirida ha sufrido un grave deterioro en estos

últimos años. Su hijo podría optar por refrendar democráticamente su acceso a la corona y así conseguir esa legitimidad de origen, o tomar el camino más largo de demostrar con hechos que merece la magistratura. Parece en cualquier caso que tiene claro que un rey ha de ser útil y que, si deja de serlo, la institución deberá desaparecer.

La abdicación de Juan Carlos, unida a la muerte de Adolfo Suárez y las de otros protagonistas de la Transición, las secuelas de la grave y duradera crisis económica, el auge del soberanismo en Cataluña y la tentación hispana por tejer y destejer, como dice Santos Juliá, pone sobre la mesa el agrietado consenso constitucional. La fragmentación política, sobre todo de la izquierda, genera además unos incentivos perversos que fomentan la polarización. Pero un país no es una comunidad de vecinos, y no tiene sentido revisar periódicamente los acuerdos fundamentales sobre cómo nos gobernamos. Es curioso contemplar cómo se puede tener más apego por unos fueros de hace trescientos años que por una constitución de hace treinta y cinco. Sin duda hay mucho que corregir en nuestras instituciones, incluyendo la Constitución, y mucho que mejorar, pero las enmiendas a la totalidad no son la manera de avanzar por esa senda.

Circula la idea de que la Transición estuvo tutelada por el ejército y eso determinó ciertas opciones. Pero no se



suele recordar que en octubre de 1982 la derecha liderada por Manuel Fraga obtuvo cinco millones y medio de votos, y olvidamos la necesidad de incluir a todos esos españoles en el nuevo sistema político. Esa fue la fuente principal de la cautela, y la razón de que se pudiera crear una democracia de todos bajo la guisa de una monarquía parlamentaria, algo que la República de los años treinta no pudo conseguir, atrapada entre los errores propios y los ataques ajenos. Si la Cultura de la Transición es algo, es la conciencia de que era necesario un esfuerzo de comprensión y un espíritu de pacto, no como señal de debilidad, sino como apuesta de futuro. El consenso no fue un punto de partida (no lo puede ser), sino un destino. El reto que se nos presenta es generar el marco y los incentivos que propicien que las reformas necesarias, muchas inaplazables, conciten el apoyo de los cuatro millones de votantes del PP y el millón largo de Podemos, por usar las cifras de las últimas elecciones europeas. Probablemente sea más útil y más inteligente para el país que el inminente Felipe VI contribuya a esa tarea que incluir su puesto de trabajo en la lista de cosas a cuestionar, no vaya a ser que tras este relevo el rey esté vestido y sea el niño quien muestre sus vergüenzas. —

MUNDIAL EL SÍNDROME BRASIL MI VIDA PARALELA COMO FANÁTICO DEL FÚTBOL

FRANKLIN FOER

A los diez años, cuando era apenas suficientemente grande como para comprender las verdades familiares, mi madre me contó acerca del tiempo que pasó en campamentos de refugiados a lo largo de Alemania. Los horrores de los años previos habían sido tan inmensos que su madre se quedaba dormida mientras imaginaba una vida trasplantada en Brasil, hacia donde la mayoría de sus parientes vivos, oportunamente, habían escapado antes de la guerra. Pero todas sus plácidas fantasías sobre volver a empezar en los trópicos las

arruinó una realidad xenófoba. Mis abuelos habían elegido uno de los peores momentos en la historia brasileña para llenar un documento de migración. Las cuotas los dejaron fuera. Se tuvieron que conformar con un destino más posible: Washington, D. C.

Mis abuelos se convirtieron en tenderos, vendían papas fritas y refrescos en la zona de Adams Morgan antes de que se aburguesara. En aquellos días, Brasil parecía ser el país de las calles pavimentadas con oro. Mi tío abuelo José llegaba de visita cargando maletas llenas de dinero para depositarlo en sus cuentas neoyorquinas, donde permanecería protegido de la hiperinflación. José tenía la cabeza rapada a lo Yul Brynner y un vozarrón que tiraba puertas; su dedo índice había sido truncado por un accidente en la granja de su juventud. Ese dedo era el que agarraba el fajo de billetes de veinte que con toda ceremonia me entregaba en cada uno de sus viajes. Parte del acuerdo, concluí, era que después de recibirlo yo tenía que saludar a esa mano arruinada.

Hasta mi adolescencia, las visitas brasileñas solo viajaban en una dirección. Cada año dábamos la bienvenida a un nuevo grupo de parientes, los llevábamos al mismo restaurante algo *kitsch* de mariscos y al White

Flint Mall. Y cada año nos dejaban los mismos regalos. Yo llené todo un cajón de mi armario con playeras de fútbol amarillo canario que parecían ser demasiado exóticas para llevarlas a la escuela, pero que me enfundaba para ver los partidos del Mundial en el Centro Cultural Brasileño. Y en aquellos días de partido, portando el uniforme nacional, me imaginaba la versión excéntrica que mis abuelos habían buscado. ¿Quiénes habrían sido mis amigos? ¿Qué haría después de graduarme? ¿Cómo sería vivir en un país en el que este juego importaba tanto?

Es posible contar la historia de Estados Unidos sin hablar de béisbol o de fútbol americano, pero la historia brasileña, que en el fondo tiene que ver con la raza, carecería de sentido sin el fútbol. Hay tanto de la cultura brasileña moderna —la samba, la feijoada, el Tropicalismo, *Orfeo negro*— que evoca una genuina sociedad multirracial. Pero la historia es brutal. Cuatro millones de africanos pasaron por el puerto de Río en camino a las plantaciones. Después de que el Sur perdió la Guerra de Secesión en Estados Unidos, diez mil confederados migraron a la vieja colonia portuguesa —uno de los últimos lugares en el mundo en que podían practicar la esclavitud al



+La política y el fútbol van de la mano en la historia brasileña.

Fotografía: Getty Images

estilo Dixie—. De hecho, la esclavitud sobrevivió en Brasil hasta 1888 y convivió con inventos como el teléfono y el automóvil.

El advenimiento del fútbol coincidió con la emancipación. Llegó en la persona de Charles Miller, el hijo de un migrante escocés, quien trajo dos balones de fútbol consigo a São Paulo. El juego que practicaba con sus amigos pronto se volvió una moda, a la que se sumaron los esclavos recién liberados que llegaban a las grandes ciudades.

Los brasileños blancos nunca recurrieron a leyes de segregación como las de Estados Unidos, pero no por eso hay que aplaudirles. Tenían sus propias teorías acerca de la superioridad de la raza. Los prejuicios provocaron que hubiera una división profunda en las élites brasileñas al momento de admitir a personas de color en sus recién estrenadas ligas y equipos de fútbol; fronteras que los jugadores transgredieron cautelosamente. En su partido debut para un club de Río, un jugador mulato intentó ocultar el color de su piel aplicándose un poco de polvo de arroz; su treta falló, sin embargo, a cuenta del sudor. Hasta la fecha, a su equipo, el Fluminense, se le conoce como “polvo de arroz”.

A las alineaciones únicamente de blancos, sin embargo, nunca les fue tan bien como a las integradas. Y, a fin de cuentas, el anhelo de victoria fue el que dictó la composición racial del fútbol brasileño. El equipo integrado que viajó al Mundial de 1938 jugó sorprendentemente bien contra las potencias europeas. Llegaron muy lejos en el torneo gracias a su estilo sui géneris de juego, lleno de fintas, gambetas y triquiñuelas.

Su actuación cautivó a la nación entera, y a un intelectual en particular: un joven antropólogo llamado Gilberto Freyre, que estudió en Columbia con el padrino de su disciplina, Franz Boas. En 1933, publicó un libro revelador titulado *Casa-grande y senzala*, un estudio de las plantaciones azucareras en la región noreste del país. El sistema de esclavitud que describía era radicalmente distinto del que se practicaba en Estados Unidos, y la mayor diferencia estaba en el sexo. Mientras que los estadounidenses

desdeñaban las relaciones sexuales entre los dueños y los esclavos por considerarlas algo profundamente vergonzoso, los brasileños tenían una perspectiva distinta. El mestizaje era una necesidad, una parte aceptada de la vida. Más aún, Freyre argumentaba que era la fuente principal de la grandeza de la nación brasileña. La mezcla de razas había dado a luz a una nueva especie de hombre con rasgos increíbles —y, a su vez, esto había creado una sociedad nueva y más tolerante.

Con un giro pseudocientífico, Freyre transformó las ansiedades de su país en torno a la raza en una virtud trascendente. El equipo brasileño de fútbol se convirtió en una de sus fuentes de datos más importantes. “Nuestro estilo de juego —escribió en un ensayo de 1943— parece estar en contraste con el estilo europeo gracias a una serie de características como la sorpresa, la destreza, la astucia, la atención y diría que la brillantez individual y la espontaneidad, todas características que expresan nuestro ‘mulatismo’.”

Esta tesis se solidificó hasta convertirse en un creencia popular después del Mundial de 1958, que presentó al mundo a Pelé, la primera superestrella brasileña de color. En su magistral nueva historia del fútbol brasileño, *Futebol Nation. The Story of Brazil Through Soccer*, David Goldblatt apunta: “Casi todo el equipo tenía parásitos, algunos sífilis y otros estaban anémicos. En total se extrajeron más de trescientos dientes a los jugadores.” Su desempeño en la cancha, sin embargo, no dejaba ver ningún tipo de padecimiento. Pelé inició el torneo en la banca como una joven promesa de diecisiete años. (Un psicólogo del equipo incluso aconsejó no incluirlo en la escuadra: “No posee el sentido de responsabilidad necesario para el juego de conjunto.”) Al final, anotó unos de los goles más memorables de la historia del deporte, llenos de esa gloriosa astucia descrita por Freyre —incluido el legendario gol de sombrero en que elevó la pelota apenas por encima del pelo de un defensa sueco y la golpeó antes de que tocara el pasto—. Cuando su equipo ganó la copa, Pelé se desmayó y después lloró descontroladamente, una celebración

que se volvió icónica al instante. El periodista deportivo más importante del país escribió que gracias a él se completó la abolición.

Con el tiempo, Brasil se volvió peligrosamente dependiente del fútbol. Se convirtió en la manera de definir al país a los ojos del mundo, y tenía un papel desmedido en su sentido de valía. Las victorias en los sesenta y setenta eran tan sencillas que el país no solo exigía trofeos, sino que querían que esos triunfos se consiguieran practicando lo que Freyre llamó *futebol arte*, y lo que el resto del mundo conoce como *jogo bonito*, el juego bonito. Así lo deja ver la queja de un entrenador del seleccionado nacional que decía: “Llegó a un punto en el que le ganábamos 6-0 a Bolivia y un periódico de São Paulo nos acusaba de haber jugado muy defensivo.”

La presión casi intolerable que cae sobre los entrenadores inevitablemente alejó al equipo de las genialidades de la improvisación. Las tácticas utilizadas para ganar el Mundial de 1994 —quizá la peor copa mundial de todas— aplastaron la inventiva y favorecían el despliegue de jugadores duros y pragmáticos, con mayor habilidad para robarles el balón a los rivales que para encararlos y dejarlos atrás con un par de bicicletas.

Y el éxito trajo un costo mucho más grave que ese. Los dictadores y los aspirantes a dictadores hábilmente se aprovecharon del entusiasmo popular por el juego. Getúlio Vargas —el líder autoritario que presidió el país de 1930 a 1945— utilizó explícitamente el fútbol para crear un nuevo sentido de identidad nacional, una campaña de *brasildade* o brasilización, y para dar mayor peso a su poder. Construyó estadios y en ellos realizaba mítines. Sus sucesores imitaron esta táctica. Durante la dictadura militar de los años setenta, el gobierno llenó las paredes con afiches con el rostro de Pelé junto a su eslogan: “Ahora nadie puede parar a este país”. Pelé, hay que recordar ahora que se le ve protagonizar comerciales de televisión, no solo prestó su cara a la causa, se pronunció a favor de la dictadura: “Somos un pueblo libre. Nuestros líderes saben qué es lo mejor para nosotros”, dijo en 1972. En

ese preciso momento, señala el escritor David Zirin, Dilma Rousseff, la actual presidenta de Brasil, estaba siendo torturada en la cárcel.

El esquema de pan y circo utilizado por los líderes brasileños funcionó hasta que dejó de hacerlo. Esa es la ironía de este Mundial. Fue idea del expresidente Lula da Silva, el flagelo de la junta militar y durante mucho tiempo el líder del Partido de los Trabajadores. Él encaminó el dinero público hacia la construcción de estadios e infraestructura, monumentos que marcarían la llegada de Brasil al mundo, que comprobarían que era un BRIC que valía lo que pesaba.

Había muchas fallas en el gobierno que encabezaba Lula, incluida una enorme corrupción. Pero sus logros son difíciles de negar. Decenas de millones de brasileños salieron de la pobreza; la mortalidad y la desnutrición infantil disminuyeron de manera importante. Durante su presidencia se creó una nueva clase media. Y la clase media que emergió —con sus nuevos valores y un mayor acceso a información— ha planteado preguntas acerca de los miles de millones gastados en el festival del fútbol. Los estadios construidos no tienen un futuro posible que justifique su tamaño. Hay muchas razones de peso para asumir que grandes cantidades de dinero terminaron en los bolillos de los socios de los políticos que autorizaron esas obras. Lo que debería ser la culminación gozosa de la gran historia del fútbol brasileño ha desembocado en protestas callejeras.

Durante la última década he experimentado mi propia desilusión con el fútbol brasileño. Como esa clase media inquieta, he visto demasiado. Al hacer reportajes sobre la corrupción del deporte, he sido testigo de lo poco del deporte nacional que no ha sido tocado por esa podredumbre. Y sin embargo, mi fascinación se mantiene. Llevaré a mis dos hijas a Brasil a ver el Mundial. Para prepararlas, vimos vídeos de Neymar gambeteando, de Ronaldinho dominando el balón y de la supremacía del equipo de 1970. También les hablé por primera vez acerca del pasado errabundo de su abuela y sobre lo

impredicible de la historia; les conté que si su bisabuela hubiera solicitado una visa algunos años antes el destino de ellas habría sido distinto. Quizá sean demasiado pequeñas para comprender lo que significa, pero estarán sentadas en las gradas con sus primos brasileños y cada uno de nosotros estará enfundado en amarillo canario. —

Traducción de Pablo Duarte.

Originalmente publicado en The New Republic.

LITERATURA ENTREVISTA CON MARGARET ATWOOD

✪ MARÍA JOSÉ EVIA HERRERO

Margaret Atwood prefiere hablar de literatura universal, de ecología o de casi cualquier cosa que no sea su obra. Particularmente célebre por sus trabajos de ficción especulativa, Atwood acaba de publicar *MaddAddam*, el libro que cierra su trilogía del mismo nombre. El resultado de ese conjunto (integrado también por las novelas *Oryx y Crake* y *El año del diluvio*) es un retrato sombrío de lo que podría ocurrir en el planeta, una vez que entreguemos los recursos naturales a las corporaciones. Aun cuando disfruta

de imaginar posibles futuros desastrosos para la raza humana, Atwood parece tener una fe inquebrantable en el lenguaje, no solo por la cuidada elección de sus palabras o su juego con los géneros literarios, sino por la manera en que sus personajes recurren a las historias para no sucumbir.

Buena parte de sus libros contienen historias dentro de historias, lo cual le permite jugar con otros géneros. Pienso en la novela romántica en *Doña Oráculo* o en la ciencia ficción de *El asesino ciego*. ¿Cuál es su opinión respecto a los géneros?, ¿cree que algunos son “menores”?

No hay “géneros menores”. Hay mejores y peores usos para materiales de todo tipo. Shakespeare usaba todo lo que le cayera en las manos, incluyendo baladas *folk*, cuentos de hadas, comedia del arte, leyendas, chistes verdes, comedia bufonesca, lo que se te ocurra. *El Quijote* usa convenciones románticas *kitsch* y las convierte en algo sublime. Y si examinas más de cerca *La vida de las mujeres*, de Alice Munro, podrás ver que la protagonista se abre paso entre convenciones literarias fallidas.

+Atwood parece tener una fe inquebrantable en el lenguaje.



En los cuentos de *Asesinato en la oscuridad* o *The Tent* hace nuevas versiones de mitología clásica, ¿qué le atrae acerca de los mitos?

Crecí con ellos, y los conozco bastante a fondo. No es lo que “son”, porque nadie sabe realmente cuándo se crearon o qué solían significar, sino lo que pueden sugerir lo que los hace interesantes, no solo para mí sino para muchos escritores en todas las épocas.

En alguna reseña de su trabajo se afirma que usted parece tenerle más aprecio a sus personajes masculinos y no tanto a los femeninos, que suelen ser “desagradables”. No estoy de acuerdo, pero me pregunto: ¿realmente importa si un personaje es “agradable”, especialmente si es mujer?

¡Es un bonito giro! Antes me solían acusar de lo contrario: buenas mujeres y malos hombres. Este debate de lo “agradable” es en verdad tonto. ¿Leerías un libro en el que todo el mundo fuera amable todo el tiempo? ¡Claro que no! John Keats dijo que Shakespeare disfrutó tanto creando a Imogenia como a Yago. Lo que importa no es si un personaje es agradable, sino que esté vivo. Gusto, energía, sorpresas... Las muñecas de porcelana no ofrecen nada de eso.

Sus personajes cambian de nombre o de identidad con frecuencia. ¿Cuál es el papel de la identidad en su ficción?

No sé a qué te referes con “identidad”... La gente que se disfraza es tan vieja como la literatura. Los dioses lo hacían todo el tiempo. Está en la Biblia. Los estafadores me interesan no por lo que hacen, sino porque pueden inducir a la gente a creer cosas acerca de ellos.

Me refería a los nombres y al pasado. Por ejemplo, muchos personajes de *Oryx* y *Crake* cambian de nombre, y en *El cuento de la criada* esta pierde el suyo. Es cierto que no es truco nuevo, pero ¿qué pretende explorar al usarlo?

No estoy segura de que sea un truco. Puede ser una condición del potencial de multiplicidad y variedad en cada personalidad individual. Fernando Pessoa tenía al menos setenta heterónimos: cada uno escribía cosas diferentes con una escritura distinta. Es un extremo, pero la mayoría de las personas sienten que tienen muchas personalidades escondidas dentro de ellas.

Pero también los nombres se guardan en una parte distinta del cerebro que otros sustantivos. Y además son arbitrarios: no hay razón por la cual alguien se llama “John” o “Mary”. En algunas culturas se te asignaba un nombre al nacer, pero después otro una vez que te lo ganabas y tal vez un tercero después de un evento importante, como Alejandro Magno o Guillermo el Conquistador. Todas esas historias de parentesco (¿quién lo habría pensado?, ¡en realidad eres el Duque de Tal Lugar!) resultan de esto. Ahora imponemos títulos como presidente o canciller, pero es la misma idea.

Respecto a mí, tengo dos nombres. Uno escribe libros, el otro está contestando esta pregunta.

Sus creencias políticas, como la equidad de género y la importancia de la ecología, están presentes en todo su trabajo. La última es una parte crucial de su trilogía *MaddAddam*. ¿Qué quería lograr al contar esta historia?

Si te refieres a si tengo un eslogan publicitario o una meta medible, no. Las novelas son una exploración, abren puertas. No resuelven problemas o proclaman teologías. Escribo sobre lo que me interesa, no espero que le interese a nadie más.

Si las novelas son una exploración, ¿qué pretendía explorar con la trilogía? Ha dicho que se trata de ficción especulativa porque los acontecimientos que narra podrían suceder con facilidad, ¿tiene esperanza en que podamos evitarlos?

Nadie puede predecir el futuro con total certeza. Como dijo alguien: estos

libros se escriben para que futuros como estos puedan ser evitados, no para que sucedan. Y no soy la única persona que piensa en esa clase de escenarios.

Respecto a por qué exploro esas posibilidades: escribo sobre las cosas que me interesan y me parece que la posible suerte de la raza humana es un tema bastante interesante.

¿Qué tan importante es continuar discutiendo la disparidad de género en la literatura y en premios? Algunos parecen pensar que el debate ha terminado porque una mujer ganó el premio Nobel.

En los setenta muchos escritores se quejaban porque de repente fueron apareciendo muchas escritoras importantes. En los cincuenta y sesenta, los escritores fuertes eran sobre todo hombres. Y así podemos seguir.

Pero hagamos un par de preguntas: ¿quién decide qué es “bueno”? ¿y por qué la gente dice “sé un hombre” pero nunca “sé una mujer”?

Espero que estos debates continúen. Siempre habrá quien se sienta maltratado, quien crea que los hombres se salen con la suya o que, por otro lado, una mujer que gana un premio ajusta el balance de género para la siguiente década. Hay que discutir. Pero sabiendo que es un terreno complicado.

En un pasaje de *La maldición de Eva* dice que lo que los hombres más temen es que las mujeres se rían de ellos, mientras que las mujeres tienen miedo de que los hombres las maten.

La violencia ha estado presente durante mucho tiempo, al menos desde el descubrimiento de la agricultura, pero ahora está fuera de control, en parte porque la cadena de venganza que solía existir se ha roto, y en parte porque hay mucha desesperación causada por la desigualdad social extrema. Algunos grupos son presa fácil y pueden ser explotados con impunidad. Las pobres mujeres están

al final del montón, ¿quién las va a defender?

Finalmente, quiero tocar su presencia en línea, que le ha dado una audiencia nueva, pero también he leído entrevistas donde habla con preocupación de la vigilancia a través de internet, ¿cuál es su relación con este medio?

Es una herramienta, y como cualquier herramienta humana tiene un lado afilado (el que funciona), un lado romo (el que no funciona) y un lado estúpido (con el que te cortas sin querer). Lo esencial de cualquier herramienta es saber cómo manipularla. Su uso para vigilancia es totalmente predecible, y la gente lo ha sabido por años. ¿No quieres que internet te observe? ¡No lo uses! ¡Apágalo! ¡Vive bajo el radar! De otra forma, simplemente asume que no estás solo. —

ALPINISMO LA OBSESIÓN DEL HIMALAYA

✎ DANIEL KRAUZE

El 18 de abril de 2014 fue el día más letal en la historia del alpinismo en el Everest. Un enorme bloque de hielo se desprendió cerca de la cascada de Khumbu, propiciando una avalancha que mató a dieciséis sherpas. Después de la tragedia, los grandes periódicos reflexionaron sobre el uso que los alpinistas hacen de los sherpas, a quienes contratan para pavimentar la montaña con cuerdas, equipo y escaleras para facilitar el camino del campamento base a la cumbre. Por sí solas, las cifras, repetidas en el *Financial Times*, el *New Yorker* y el *Outside Magazine*, resultan alarmantes: en la última década, el porcentaje de sherpas que perdieron la vida en el Everest es más alto que el de soldados estadounidenses caídos en Iraq entre 2003 y 2007; el alpinista promedio atraviesa la cascada de hielo, la región más peligrosa de la montaña, entre dos y cuatro veces, mientras que cada sherpa la cruza en veinticuatro



73

LETRAS LIBRES
JULIO 2014

+La historia del Everest es un microcosmos de arrebatos imperiales.

ocasiones. Después del accidente, los sherpas han comenzado a exigir mejores salarios y una indemnización más justa para las familias de los que mueren en la montaña.

La historia del Everest es un elocuente microcosmos de arrebatos imperiales: la crónica del choque ideológico entre un pueblo para el que la conquista es un modo de vida y otro que, a pesar de vivir rodeado de montañas inmensas, ni siquiera tiene en su vocabulario una palabra equivalente a “cima”. *Into the Silence. The Great War, Mallory, and the Conquest of Everest*, de Wade Davis, recrea minuciosamente el descubrimiento del Everest, las primeras expediciones británicas al Tíbet y los tres esfuerzos trunco por conquistar el pico más alto del mundo, en 1921, 1922 y 1924. En 1903, preocupado por la influencia rusa en Asia Central, el

gobierno británico mandó un regimiento militar, liderado por Francis Younghusband, a invadir el Tíbet. Solo en la batalla de Guru, seiscientos tibetanos perdieron la vida, mientras el ejército imperial contó nueve muertos: un periodista, un oficial y siete cipayos. Con la expedición de Younghusband se iniciaría la inquietud occidental por el Everest. Decepcionados al llegar a Lhasa, una de las últimas ciudades desconocidas del mundo, los británicos se vieron obligados a encontrar una nueva “tierra fantástica de lo desconocido” donde clavar el *Union Jack*. Tras comprobar que el Everest es el punto más alto del mundo durante una misión de reconocimiento dirigida por Cecil Rawling, Younghusband y lord Curzon, virrey de la India, decidieron que la montaña debía ser escalada por un equipo exclusivamente

británico; como dice Davis, en ello vieron la posibilidad de un “gesto imperial de gran escala”.

Amén de otras complicaciones diplomáticas, la primera expedición debió posponerse cuando Gran Bretaña entró a la Primera Guerra Mundial, un asunto que recorre cada capítulo de *Into the Silence*. Sin ella, es difícil entender el lugar que el Everest ocuparía en el imaginario colectivo inglés durante la década de los veinte, así como la terquedad por parte del Comité del Monte Everest y el Club Alpino por recaudar y gastar una fortuna para conquistar su cima. La enorme mayoría de quienes participaron en esas primeras tres aventuras al Tíbet pelearon en la guerra. La figura central fue George Mallory, un hombre al que Davis no necesita esforzarse para darle características trágicas. Para estos veteranos, el Everest fue más que una empresa deportiva. La gran montaña era un enemigo y cada expedición una batalla contra el clima, la altitud, el hielo y la roca. En numerosas ocasiones, los miembros de las misiones hablan de la montaña como si aún estuvieran en el Somme: “los hombres que bajaban del glaciar parecían rezagados del ejército, como los que vi en las calles de Le Cateau en 1914”, escribe Edward Norton en un envío para el *Times*, mientras la geografía de ciertas partes del Himalaya, agreste, gris y estéril, evoca recuerdos de la guerra. “El paso entre Chöbuk y Rongbuk, la planicie atrás y los glaciares adelante, parecen tener la misma relación que, durante una marcha de la Gran Guerra, tenían los plantíos fértiles de Francia detrás y el campo herido frente a nosotros, pues ambos son valles tristes, que advierten la desolación por venir.”

La narrativa de la montaña trenzada con la Gran Guerra no es un capricho. Davis pinta el ocaso del Imperio británico, un imperio seguro de su superioridad física y moral, de los beneficios que ha exportado al mundo entero, humillado por un conflicto sin sentido y obsesionado con recobrar la dignidad en la punta de un obstáculo formidable. Vestidos con chaquetas de lana,

botas de cuero y crampones rudimentarios, los alpinistas hacen todo lo posible para tolerar el embaite inclemente de una montaña y un ecosistema que no comprenden: subestiman la importancia del oxígeno suplementario, no saben cómo calcular la llegada del monzón y piensan que fumar les ayudará a aclimatarse. En el camino mueren siete sherpas sepultados por una avalancha en 1922 y dos cipayos en 1924 (al reportar la muerte de los sherpas en un comunicado, un miembro de la expedición del 22 exclama: “¡Todos los blancos están a salvo!”). Las muertes fueron producto del celo de Mallory, quien insistió en un último intento, que culminó en la avalancha, y que en la premura de avanzar hacia un campamento elevado olvidó subir las provisiones necesarias, lo que ocasionó la muerte por hipotermia de otro par de compañeros. Su frenesí tendría un desenlace inevitable: el 8 de junio de 1924, junto a su compañero Sandy Irvine, de solo veintidós años de edad, Mallory emprendió el camino rumbo a la cumbre y ambos murieron.

Para los tibetanos, las montañas eran bastiones de deidades enigmáticas, demonios despiadados y fuerzas místicas. Chomolungma, la diosa, madre del universo, le negó esa primera cima a Gran Bretaña. En 1953, Tenzing Norgay y Edmund Hillary fueron los primeros en alcanzar la cumbre. Es difícil comulgar con la visión pagana que los tibetanos tenían de las montañas, pero parece justicia divina que un sherpa y un apicultor neozelandés, parte de la colonia más remota de Gran Bretaña, hayan sido los primeros en tocar la punta. No obstante, desde entonces, más de doscientas cincuenta personas han muerto intentando repetir la hazaña. Ciento tres de ellos eran sherpas.

El debate en torno a la cima del mundo ha continuado desde la publicación de *Mal de altura* (Jon Krakauer, 1996), un relato vertiginoso sobre el segundo día más trágico en el Everest que también es una crítica a la comercialización de la montaña. La cantidad de basura

abandonada, el número de cadáveres no recuperados y el dilema en torno a David Sharp, un montañista que murió frente a decenas de colegas que camino a la cúspide no se detuvieron para auxiliarlo, son notas al pie frente a lo que ocurrió el pasado mes de abril. Producto de una época brutal y turbulenta, las primeras expediciones británicas por lo menos tenían un propósito, por más confuso que fuera. Hoy en día, el alpinismo en masa explota comunidades marginadas en aras de lograr una meta frívola. En palabras de Werner Herzog, que algo sabe del hombre, su relación con la naturaleza y sus sueños de opio: “Me parece significativo que los sherpas jamás hubieran intentado escalar el Himalaya hasta que un grupo de ingleses aristócratas y aburridos se dieron a la tarea de llevarlo a cabo. No necesitas estar en la punta del Everest para apreciarlo. Hablar de ‘conquistar’ una montaña es un error.” —

TAXONOMÍA EL CINE QUE NOS MIRA

MANUEL PEREIRA

Paradójicamente un arte tan retiniano como el cine nació en conflicto con el ojo: el cohete de Méliès deja tuerta a la luna, la navaja de Buñuel corta un ojo, en la escalinata de Odessa (Eisenstein, 1925) una señora recibe un balazo en sus lentes ensangrentados, para Dziga Vertov la cámara era un ojo fílmico más perfecto que el humano... finalmente Porter termina *El gran robo al tren* (1903) con un *cowboy* ceñudo que dispara su revólver directamente a cámara —o sea a nuestros ojos— rompiendo así, por primera vez, la cuarta pared.

A partir de ahí se desplegará una estirpe de ojos endiablados que nos acechan ya desde *Los vampiros* (Feuillade, 1915), en particular con Musidora, la musa de los surrealistas. Esas miradas hipnóticas se prolongan en el sonámbulo Cesare y su siniestro amo, el doctor Caligari (Robert Wiene, 1920), en las pobladas cejas de Nosferatu (Murnau, 1922), en las macabras cuencas de



+Una civilización óptica.

Lon Chaney interpretando al fantasma de la ópera (1925) y en la penetrante mirada de Bela Lugosi (*Drácula*, 1931).

Pero hacía falta una mirada más humanizada para que el séptimo arte se reconciliara con su naturaleza visual, lo cual logra Chaplin al final de *Luces de la ciudad* (1931). El inmortal vagabundo sabe que la florista (Virginia Cherrill) puede verlo por primera vez para descubrir que está muy lejos de ser el millonario que ella soñaba. “Yes, I can see now.” Los ojos de Charlot brillan intensamente en la pantalla. Con la flor en la mano y el índice pueril entre los dientes, su dicha, su vergüenza y su timidez son inolvidables. Toda la poesía del mundo cabe en ese minuto de cine que siempre me remite a Antonio Machado: “El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve.”

Después vendrá la mirada ensimismada de Ingrid Bergman en *Casablanca* (Curtiz, 1942). “Play it, Sam, play ‘As time goes by’.” El pianista empieza a cantar y ella se queda pensativa, mirando al infinito o al vacío, como ausente, con la mirada vuelta hacia el interior de sí misma.

Disculpen el lugar común: los ojos son el espejo del alma, la zona más blanda de nuestro cuerpo donde se diluyen las más disímiles emociones en una evanescente acuosidad metafísica. Ninguna otra forma de arte ha conseguido retratar tanta fugacidad espiritual como el cine.

Pero de vez en cuando los ojos retornan a su vocación maligna. Al final de *Sunset Boulevard* (Billy Wilder, 1950), Gloria Swanson baja la escalera acercándose a la cámara con su mirada de loca sublime. En *Psicosis* (Hitchcock, 1960), Marion

Crane apuñalada nos mira desde el suelo del baño. La cámara se regodea en el ojo de Janet Leigh que inunda la pantalla. Es la muerte de una mujer hermosa, como le habría gustado a Poe. Una mirada yerta que nos recuerda a Pavese: “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.”

Hay otras formas de mirar: frías e implacables. La mirada victoriana de Judith Anderson, ama de llaves en *Rebeca* (Hitchcock, 1940), reaparecerá al año siguiente en Agnes Moorehead, la madre del ciudadano Kane (Orson Welles, 1941), y más tarde en la tiránica enfermera de *Atrapado sin salida* (Milos Forman, 1975) cada vez que espía al desenfadado Jack Nicholson. En *Rashomon* (1950) Kurosawa nos impresiona con la mirada de desprecio que el samurái amarrado le dedica a su esposa.

Un verano con Mónica (Bergman, 1953) nos depara la mirada más sensual del séptimo arte. Harriet Andersson mira directamente a cámara, nos seduce y nos perturba mientras rompe la cuarta pared una vez más en la historia del cine. Lo mismo ocurre cuando la mirada despistada del protagonista se congela en pantalla al final de *Los cuatrocientos golpes* (Truffaut, 1959). La antítesis de esos desamparados ojos de Antoine Doinel la veremos un año después en el plano final de *La dulce vida*. Al igual que el director francés, Fellini sitúa la escena en la playa, con ruido de olas al fondo, para mostrarnos la mirada risueña de la muchacha enamorada de Mastroianni. De pronto, esos ojos optimistas se vuelven ligeramente hacia el espectador, rompiendo de nuevo la cuarta pared.

Pero hay otras paredes en riesgo, como en la película *1984*, de Michael Radford, cuando un cuadro se desprende del clavo y los asustados personajes descubren que detrás hay una cámara oculta que los ha estado vigilando todo el tiempo.

Nuestra civilización tan frenéticamente óptica ha suplantado el ojo de Dios por el ojo ciclópeo del Big Brother: un panóptico que nos acecha incluso en dictaduras disfrazadas de democracias. —